

fuerzas francesas, y con un hecho tan significativo, se desvanecieron las acusaciones que se hacían á la Francia, tanto fuera como dentro del país, relativas á sus proyectos de conquista.

Un malvado pretendió entonces cometer un crimen contra la persona del general Almonte y se sospechó que también contra el ministro de Francia, M. de Saligny; pero fué descubierto, juzgado y sentenciado, y pagó en el patíbulo su atentado.

Desde que se estableció el gobierno nacional del general Almonte, la intervención francesa ganó en México todas las simpatías que eran debidas al beneficio inmenso que nos iba á hacer, y en todas partes aguardaban su ayuda para acogerse á su protección.

¿Cuál no sería el desaliento de los partidarios y amigos de la intervención cuando vieron que, á la llegada del general Forey, uno de sus primeros actos fué destruir el gobierno que representaba en la intervención francesa el elemento mexicano?

El gobierno de Juarez supo aprovechar este incidente para imponer al público la creencia de que la Francia venía á conquistar á México.

Repetida esta aserción por las mil bocas de una prensa subvencionada, llegó á creerse en efecto que era verdad lo que decía el gobierno, pues nada es tan corriente como que el público tenga las ideas más falsas y erróneas sobre los acontecimientos que pasan á su vista, cuando un interés poderoso los adultera según su conveniencia. A medida que esos acontecimientos se alejan de nosotros, se van desprendiendo de ellos las fingidas circunstancias con que la pasión los vistiera, y aparecen después á nuestros ojos libres del mentido ropaje de que los desnuda la sana crítica del filósofo y del historiador. Pero mientras tanto, la mentira, á fuerza de repetirse, acaba por prevalecer, por ocupar el lugar de la verdad en la opinión pública, cuando la buena fe de los hombres de bien se ve asaltada por esa multitud de falsedades, creadas y propagadas por la malevolencia y las torpes pasiones de los partidos.

La duda en unos y la credulidad en otros fueron causa de que hostigados por las exigencias del gobierno de Juarez, protestaran muchos contra una intervención que había pasado por tantas peripecias y cuya mente no acertaban á comprender.

Por fin ocupó la intervención á México y desde luego se presentaron dos caminos para llevarla á buen término. Era el primero convocar á los mexicanos para que organizaran un gobierno nacional, y el segundo establecer una administración militar por las fuerzas de la intervención, hasta que ocupado todo el país se consultara la voluntad nacional para fundar el gobierno.

Si se hubiera adoptado este último medio, los enemigos de la intervención

hubieran tenido un argumento poderoso para sostener que eran mentidas promesas las que hacía la Francia de respetar la nacionalidad y la independencia de México, lo que hubiera sido fácil hacer creer, por el temor natural que se despertaría en todos los mexicanos de que se convirtiera en conquista la ocupación. Y tan cierto es esto, que á pesar de haber seguido la intervención el primer camino que dejamos señalado, todavía hoy las proclamas de los mexicanos extraviados que pretenden sostener la guerra contra el imperio y la inmensa mayoría de la nación, no tienen más que ese pretexto para cohonestar su conducta.

Se adoptó, pues, y con razón, el primer camino, y se procedió á establecer un gobierno nacional.

¿Pero cuál debía ser la forma de ese gobierno?

IX.

¿Cuál debía ser la forma de ese gobierno? —; LA MONARQUÍA!

Nosotros no estábamos educados para la república, y al quererla establecer, nos figuramos que bastaba tomar de los Estados-Unidos sus principios constitucionales; pero la Providencia, que dirige con mano certera los destinos de las sociedades humanas, iba llevando las cosas de México por sendas tan poco frecuentadas, que los acontecimientos se sucedían y nos asombraban en su extrañeza, porque queríamos interpretarlos con nuestras limitadas potencias.

¿Cuál ha sido la historia de México desde que se hizo independiente?

En dos páginas se escribe la historia moral de un pueblo.

México fué conquistado y gobernado por una nación de guerreros que durante setecientos años mantuvo su espada desenvainada para arrojar del patrio suelo al enemigo agareno.

No hay un solo mexicano sensato que al recordar que descende de esa altiva raza que pobló un mundo, no sienta latir su pecho de orgullo y de esperanza: de orgullo, porque la España, cuando vino á México, era la nación más poderosa del orbe, y hay digna satisfacción en proceder de tan noble linaje; y de esperanza, porque abatida esa misma España por largos reinados infecundos, ha vuelto á renacer á la vida, presentándose de nuevo en el concierto de las grandes potencias de la tierra con sus credenciales de Joló, Cochinchina y Marruecos, y México á su vez tiene hoy abiertas las puertas para regenerarse y ser en América lo que será España en Europa.

Al venir España á México se admiró de hallar el imperio más poderoso y

mas civilizado de cuantos se han encontrado en tierras nuevamente descubiertas. Los hijos de la raza indígena tienen tambien un justo y noble orgullo de contar entre sus antepasados á los Xicotencales y Huatimotzines, y las casas mas nobles de los primeros pobladores de este vasto imperio, tienen á honra agregar á sus nombres los de los gefes mexicanos con cuyas familias se enlazaron.

Mientras España dominó en México, no pudo darle mas que lo que tenia, y ciertamente que no le dió lo que en España no habia. En España no se conocian las ideas modernas de república mas que por los estragos que en Francia habian causado los sangrientos delirios de 93; y ni por sus tradiciones, ni por sus hábitos, ni por su educacion, podia admitirlas en sus instituciones, y mucho menos comunicarlas á sus dilatadas colonias de América. Así es que cuando México se hizo independiente, su primera inspiracion fué constituirse bajo la forma monárquica, que era la que conocia.

Al pretender reinar en México Iturbide, se estrelló en los escollos de una carrera para la que no estaba educado; y no teniendo los tamaños que se requieren para ser el fundador de una dinastía, sucumbió en la empresa.

Al vernos los mexicanos libres de España y sin gefe que nos rigiera, nos figuramos que podriamos consolidar entre nosotros un gobierno democrático, calcado sobre el establecido en la vecina república del Norte, y nos figuramos tambien que así procuraríamos á México la misma prosperidad que disfrutaban los Estados-Unidos.

Ese fué un grave error, y sus funestas consecuencias aun las tenemos que deplorar.

Cuando una institucion nace espontáneamente en un país, es porque el país la necesita y está ya dispuesto para su adopcion; pero cuando se quiere violentar el orden natural y sucesivo de los progresos sociales, sucede con la mas bella teoría lo que con las plantas exóticas, que en vez de dar ricos productos, pronto degeneran, se marchitan y se secan; pues las ideas, como las plantas, no germinan sino cuando el terreno está bien preparado para recibir las. Cuando las instituciones están en armonía con el estado de adelantamiento que guarda un pueblo, con sus mejoras materiales y con sus progresos morales é intelectuales, las buenas ideas se generalizan en la opinion pública, se robustecen y producen los ópimos frutos de la civilizacion; pero cuando queremos salvar grandes distancias de tiempos, de cultura y de lugares, y aplicamos á una situacion dada de un pueblo instituciones propias de otras circunstancias, de otra civilizacion ó de otro clima, de seguro que no producen ninguno de los buenos resultados con que se recomiendan en otras partes.

Esto es cabalmente lo que nos ha sucedido á nosotros, y al contemplar las tristes consecuencias que han tenido en nuestro país esas instituciones, hemos creido que con variar de hombres algunas veces y otras de forma, pero conservando siempre el mismo fondo de república, remediáramos los males que nos causaban; y pasando sin criterio, sin conciencia de la causa del mal y sin conocimiento del remedio propio para curarle, á los cambios y mudanzas mas deplorables, hemos probado en vano todas las formas de república, desde las mas liberales hasta las mas absolutas, sin alcanzar la felicidad tras que andáramos; porque no habiendo conexion ni armonía entre ellas y las verdaderas necesidades del pueblo, solo han producido entre nosotros una licencia escandalosa ó un despotismo ininteligente.

Así pasaba México sus años, alternando entre la dictadura mas tiránica y la oclocracia mas desenfadada.

No debiéramos, pues, admirarnos de que los partidos que por tanto tiempo nos han dividido, se escudasen, cada uno á su vez, con la justicia y la razon para sublevar las pasiones mas borrascosas; de que en nombre del respeto á las leyes, proclamasen la rebelion; de que fundándose en los derechos del hombre, sancionasen el robo y el asesinato; de que so pretesto de progresos y adelantos sociales, escitasen á la multitud á cometer los excesos mas brutales, y de que en nombre de la fraternidad, del amor á la patria y á la libertad, apelasen al odio y á las venganzas entre los miembros de una misma familia, entre los hijos de un mismo suelo, para satisfacer las mas torpes aspiraciones.

¿Y cuál ha sido el resultado de semejantes desaciertos?

Que se han disuelto los vínculos sociales, que se han roto los lazos que mantenian en estrecha union la vida moral con la vida material, la vida del pueblo con la vida de la familia, la autoridad doméstica con la autoridad política, y los gobernados con los gobernantes.

De aquí el desenfreno de las costumbres públicas y privadas, desenfreno que produce la licencia, la venalidad y la corrupcion.

De aquí la maldad que no cree en la virtud, y la maledicencia que lanza por todas partes sus saetas emponzoñadas, sin respetar ninguna condicion, ninguna dignidad, ningun puesto, ningun individuo, ninguna autoridad; porque nada hay sagrado para ella cuando se han pervertido las ideas:—moral, instituciones, magistrados, leyes, deberes, derechos, virtud, honor, todo se reduce á problema en los pueblos desmoralizados por continuas revueltas interiores; revueltas que son mas dañosas que las guerras estrañas menos felices.

Pero del mismo exceso del mal nace á veces el remedio que le ha de estirpar.

Esas repetidas conmociones que hemos experimentado, esa desazon y ese descontento que nos trabajaban; esa exasperacion de los ánimos, ese murmurar de todo y esa desconfianza terrible de los hombres, de las instituciones, de las cosas y del porvenir, han engendrado en el corazon de los buenos, que siempre son los mas por fortuna de las sociedades humanas, el deseo, con la conviccion de la necesidad, de un órden de cosas estable y duradero; y esto solo se consigue en los países que se hallan en nuestra situacion, con un gobierno fuerte y justiciero, con una autoridad respetable y respetada; porque el poder que no es fuerte, deja de ser poder, así como la autoridad que no es respetada deja de ser autoridad.

¿Mas cómo se hallaba la república cuando todos los que deseaban francamente la conservacion de la nacionalidad mexicana, dirigieron hácia la intervencion sus esperanzas?

Su situacion era de las mas deplorables.

Desde el primer magistrado de la nacion, desde el prelado mas virtuoso hasta el último de los ciudadanos, estaban espuestos á las mas vergonzosas injurias con que se haya manchado la prensa mexicana.

El robo y el asesinato en los parajes mas públicos y á la luz del dia, sin embozo ni empacho, y sin que nadie se moviera á favorecer á la víctima de una soldadesca indisciplinada, ó de un malvado á quien daba valor y audacia la impunidad.

La espoliacion organizada por la autoridad so pretesto de ocurrir á las necesidades de la patria.

La fortuna de los particulares á merced de un gobierno sin escrúpulos que la declara constituir la caja del ejército.

La administracion de justicia convertida en instrumento torpe de los intereses mas venales.

La vida del ciudadano pacífico en manos de la gente mas desalmada.

Las cárceles llenas de los hombres mas honrados y mas dignos, mientras que los ladrones y los bandidos campaban por sus respetos, desempeñando á veces cargos públicos muy elevados.

Los ricos empobrecidos por las exacciones mas arbitrarias, y reducidos á prision cuando ya no tenian con que pagar los incesantes pedidos de dinero con que los acosaban el gobierno y las autoridades de cada localidad.

Los pueblos incendiados, los campos talados y las cosechas destruidas.

Las ejecuciones sin formacion de causa á la órden del dia, en las ciudades como en el campo, ordenadas por generales como por simples capitanzuelos de guerrilla.

Todo anunciaba anarquía, miseria y disolucion.

El cuerpo social era casi un cadáver en cuyo desmembramiento pensaban propios y estraños.

Los pechos mas animosos desesperaban del porvenir.

La inmoralidad cundia de la esfera social mas elevada á las clases mas ínfimas del pueblo.

Cada Estado se contemplaba como una nacion *libre, soberana é independiente* de los otros, y así se titulaba y así procedia en sus relaciones con el gobierno general.

El ejército, en la mas completa indisciplina, en vez de representar como en todas partes el órden y de inspirar confianza á los habitantes pacíficos, era incapaz de prestar el menor apoyo á la autoridad para mantener la paz pública; antes al contrario, su presencia era motivo de espanto para los pueblos, por las depredaciones que causaba.

El gobierno, sin poder para hacer el bien y autorizado con omnímodas facultades para hacer el mal, no tenia mas fuerza que la física que le daban sus bayonetas; al paso que carecia completamente de aquella fuerza moral que da autoridad á una administracion justa y equitativa, y que á todos obliga á la obediencia.

La representacion nacional, con su conducta inesplicable, habia desacreditado entre nosotros una de las instituciones mas bellas de que pueden gloriarse los hombres en los países donde se ha comprendido debidamente su espíritu y su verdadera mision.

El edificio social se desplomaba, en fin, por todos sus ángulos, y al volver la nacion sus ojos hácia la intervencion europea que nos tendia una mano amiga en los momentos del naufragio, debemos convenir en que lo hacia estimulada por la necesidad que comprendia tener de sus servicios, é impulsada por el instinto de la vida que se reanimaba en su corazon con mas vigor, á medida que era mas grande la inminencia del peligro.

Y la pobre república mexicana, favorecida con tan pródiga mano por la naturaleza y tan maltratada por la torpe mano de sus hijos, con sus disensiones y contínuas revueltas intestinas, ¿cómo hubiera podido conjurar ese peligro y mucho menos combatir por sí sola tan graves males?

¡De ningun modo!

¿Pues entonces qué debia hacer?

Lo que ha hecho.—Buscar en un cambio radical de instituciones, una forma de gobierno que estuviese en concordancia con nuestro origen y nuestras verdaderas necesidades, y que por su estabilidad y por su armonía con los principios que rigen en Europa, nos procurase el apoyo y las simpatías de las grandes potencias interesadas en impedir el desmembramiento de una

nacion como México, cuya existencia es de general interés para la conservacion del equilibrio entre todos los pueblos de cierta categoría de Europa y de América.

Ese gobierno no podia ser otro que el gobierno imperial.

Y hé aquí por qué se *hacia indispensable, para salvar la nacionalidad y la independencia del país*, EL RESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUIA EN MEXICO.

X.

El verdadero patriotismo consiste hoy, pues, en maldecir las revoluciones, las guerras civiles y las torpezas de nuestros gobernantes que nos han puesto en el caso de necesitar la intervencion europea, y no en oponernos á la que nos ha asegurado el primero de todos los bienes, la independencia nacional.

Bien se nos alcanza que no se destruyen en un dia el desórden y el vandalismo que han durado muchos años, porque esos elementos de desorganizacion social han tenido tiempo de echar hondas y funestas raices, cuya estirpacion completa es obra larga y laboriosa.

Pero mucho se engañaría el que confundiera esas chusmas de bandidos que viven hoy del robo y del saqueo, con los patriotas que en otro tiempo brotaban, por decirlo así, de la tierra para conquistar nuestra independencia.

Entonces no se necesitaban proclamas, ni leyes draconianas, ni mandamientos conminatorios, ni mentidas constituciones, ni promesas de apropiarse los bienes ajenos, ni ninguno de esos actos mas ó menos inmorales que han sido tan frecuentes en estos últimos tiempos y que se han puesto en práctica para interesar á los pueblos en un triunfo que indispensablemente debia ser efímero: bastaba solo el amor á la independencia de la patria para que no faltaran soldados á una gran causa.

Ese mismo sagrado amor á la independencia de la patria es en el que se ha inspirado el general Almonte para trabajar con un desprendimiento y una abnegacion sin iguales, por el triunfo de la intervencion y del imperio, que es su consecuencia natural y forzosa.

La intervencion, en efecto, fuera una cosa sin sentido, si otro gobierno que el monárquico hubiera sido su resultado.—Y sin embargo, hubo hombres que, á los pocos dias de haber llegado al país y sin haber estado nunca antes en él, se preciaban de conocerle, y decian que en México no habia parti-

do monárquico. En esto no hacian mas que repetir, como eco fiel, lo que querian los demagogos que fuera de México se creyera sobre este punto.

Si hubiera sido cierto que en México no habia monarquistas, ¿para qué imponer entonces la pena de muerte contra todo el que pretendiera cambiar la forma de gobierno?

Y cuando por medio del terror se imponia un absoluto silencio á la manifestacion de tales deseos, los demagogos se apoyaban en ese mismo silencio para decir que en México no habia partido monárquico!

Sí le habia, y es hoy muy numeroso, pues se compone de todos los que no especulan con la cosa pública, de todos los que viven de un trabajo honesto y digno, de todos los que tienen algo que perder y nada que ganar en las revueltas de la república; y si callaba, era porque ocupando el poder sus contrarios, el que se hubiera atrevido á alzar la voz en su favor, hubiera pagado con su cabeza su estéril audacia.

Por ignorancia, y á veces por malicia, los prohombres de la demagogia habian difundido en el vulgo la idea de que la monarquía era contraria á la libertad y á la independencia, y la comparaban con la antigua dominacion colonial; así es que para muchos la palabra monarquía es sinónima de servidumbre.—Haríamos muy poco favor á nuestros lectores si nos empeñáramos en demostrar la falsedad de semejante concepto, y si hacemos mencion de él, es tan solo para que se vea de qué medios se valia la demagogia para desacreditar en las clases poco ilustradas de nuestra sociedad, la forma de gobierno que ha dado á las naciones de Europa tanta verdadera libertad y tanto engrandecimiento.

El general Almonte, pues, al trabajar por la intervencion y por el triunfo de la idea monárquica, es consecuente con sus principios, y no hace mas que continuar, mejor dicho, que completar la grande obra por la que perdió la vida su ilustre progenitor: la libertad y la independencia de su patria.

Hoy comprenden instintivamente esta verdad los pueblos, y sobre todo esa inmensa poblacion indígena, porque despues de tantos errores y de tantas esperanzas frustradas, despues del abatimiento, de la indiferencia y hasta de la desesperacion que habian producido en ellos las vanas teorías con que los habian alucinado, responden á los manejos que ponen en juego los demagogos para levantarlos contra la intervencion francesa, con las adhesiones mas sinceras al imperio.

Esto debia suceder; porque causado ya el pueblo de las vejaciones perennes de los que tomaban su nombre para esquilmarle, no era posible que las proclamas de esos hombres tuviesen el menor eco en el país, ni que produjeran en ninguna parte ese arranque espontáneo de patriotismo que entusias-

ma tanto cuando se defiende una causa nacional que tiene simpatías en todos los corazones. Y como la verdadera causa nacional es hoy la de sostener y defender el imperio que nos da paz, orden y estabilidad, el entusiasmo de todos está en favor de su triunfo, porque con él lograremos el afianzamiento de las instituciones que nos darán verdadera libertad y segura independencia.

A la sombra de ese gobierno protector, regido por sábias doctrinas y empuñando el timon de la nave del Estado el príncipe advertido y prudente que nos envidiarán las viejas naciones de Europa, veremos mejorar la condicion social de los mexicanos; adelantar á la par las ciencias y las artes, la agricultura y el comercio, la industria y la minería; y desenvolverse, guardando una saludable armonía, las mejoras materiales y los progresos morales é intelectuales, que es como se alcanza la verdadera civilizacion.

Y nunca admiraremos bastante al hombre que, pudiendo gozar todas las delicias de una vida feliz, tranquila y sosegada en el hogar doméstico, ó en medio de las consideraciones y de los respetos debidos á un elevado mérito personal y á la mas alta posicion social, va á consagrar sus laboriosas vigiliass al bienestar de un pueblo que lleno de confianza se entrega en sus brazos y deposita en su honradez y en su conciencia las facultades necesarias para llevar á buen término la grande obra de nuestra reorganizacion social, el engrandecimiento y la prosperidad de su nueva patria.

Y si nosotros consideramos á nuestro emperador Maximiliano I como el puerto seguro de nuestra salvacion en la deshecha tempestad que corriamos, como la firme columna en cuya sólida basa irán á estrellarse las olas de las ambiciones desenfrenadas, ¿qué mucho que los austríacos no quieran que un príncipe de tan aventajadas prendas, que se halla tan cerca del trono de los Hapsburgos, renuncie á servir directamente á su patria nativa, por venir á reinar en México, país tan apartado de su cuna, y que tan pocas relaciones tiene hoy con los súbditos del emperador su hermano?

Este es un noble sentimiento que debemos respetar y que respetamos en realidad; pero que produce en nosotros un deseo enteramente contrario al de los austríacos; porque mientras mas motivos tengan ellos para no querer dejar la presea que hoy poseen, eso mayores son precisamente los motivos que nosotros tenemos para desear que venga á gobernarnos.—Escasos por demas son los buenos gobernantes, y cuando el Supremo Dispensador de bienes pone en el camino de los destinos de un pueblo, á un príncipe dotado de las condiciones necesarias para ser el fundador de un grande imperio y gefe de una dinastía de nobilísima estirpe, insensato será el que se oponga al cumplimiento de esa mision providencial!

XI.

Aquí hubiéramos concluido nuestra tarea si los discursos pronunciados en el cuerpo legislativo francés por los hombres eminentes de la oposicion, no nos volvieran á poner la pluma en la mano para refutar los errores en que han incurrido al tratar la cuestion mexicana.

Si es admirable la facilidad con que en Europa se acogen los informes mas falsos y se adoptan las opiniones mas absurdas sobre las cosas de México, mas admirable es todavía ver que hombres de los tamaños de los que en la cámara francesa están al frente de la minoría que ataca al gobierno del emperador Napoleon III, por su expedicion á México, suban á la tribuna, y con la autoridad de la alta posicion social que ocupan, asienten los hechos mas inexactos y aventuren las aserciones mas erróneas.

Esto, sin embargo, no debiera estrañarse tanto, porque cuando un general expedicionario se figuró descubrir desde su tienda de campaña en las playas de Veracruz, la causa de los males que nos affligian y que la monarquía no era el remedio que necesitábamos, ¿qué mucho que en París se dejen sorprender las mas claras inteligencias por los falsos informes de hombres interesados en adulterar la verdad?

El general que tan tristemente se engañó en la cuestion mexicana, ha influido con sus determinaciones de una manera lastimosa sobre la suerte que habria cabido á España y á los españoles en América, si su conducta hubiera sido del todo opuesta á la que se empeñó en seguir. Eso, no obstante, su conducta fué aprobada oficialmente en lo general, por su gobierno, bien que desaprobada, tambien oficialmente, en cada uno de los puntos particulares que comprendia; enigma que no alcanza á descifrar nuestra inteligencia, pero que es un hecho incontestable, y un hecho que ha causado en el pueblo español un profundo sentimiento que ha tenido que sofocar en silencio por espíritu nacional, así como por el respeto que es tradicional en España á la autoridad.

¿Qué hubiera sucedido en Francia si las fuerzas francesas hubiesen abandonado la expedicion de México como las españolas?

¿Qué hermosos discursos no hubiera pronunciado entonces la oposicion en contra del gobierno!

Y razon habria tenido para ello, porque con semejante comportamiento hubiera faltado la Francia á la mision providencial que la trajo á México.